

F
AA-13

TRABAJOS LEÍDOS
EN LA JUNTA PUBLICA Y SOLEMNE
CON QUE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
CELEBRÓ
LA FIESTA DEL LIBRO ESPAÑOL
EN LA NOCHE DEL 7 DE OCTUBRE DE 1926



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS"
1926

SG-13
1-35

LA FIESTA DEL LIBRO ESPAÑOL



9881

R. 9.247

TRABAJOS LEÍDOS

EN LA JUNTA PÚBLICA Y SOLEMNE

CON QUE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CELEBRÓ

LA FIESTA DEL LIBRO ESPAÑOL

EN LA NOCHE DEL 7 DE OCTUBRE DE 1926



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS"

1926

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO RÓDRIGUEZ MARÍN

ACADÉMICO DE NÚMERO

SRES. ACADÉMICOS:

SEÑORAS: SEÑORES:

Celebrando esta sesión pública y extraordinaria la Real Academia Española cumple el deber que le impone un decreto del Gobierno de S. M. Y cúmplole muy gustosamente, porque ¿cómo no ha de ser agradable a una institución que nació y vive para cultivar las letras y para fomentar su afición premiando a sus cultivadores el ver fundada una fiesta anual que se llama *la Fiesta del Libro español*? Aplausos merece tan feliz iniciativa, y aún más copiosos los merecerá si se logra encauzarla de manera que, al par que abogue por la mayor difusión de la cultura general española, favorezca por igual a autores, editores y libreros. No queden olvidados, ni aun propuestos siquiera, los autores: medítese en que ellos escriben los libros. Piénsese cuanto plazca y sea conveniente en favorecer las industrias del colmenero, del cerero y del melero; pero hágase la cuenta asimismo con las pobrecitas abejas, sin cuyo ajetreado ir y venir y sin cuyo industrioso labrar, meleros, cereros y colmeneros necesitarían aburrir sus oficios y echarse a buscar otros. ¿Qué excepcional y empecatada mercadería en ésta del libro, que, a diferencia

de todas las demás, no puede venderse en comisión sin dejar, cuando menos, la cuarta parte de su precio en las manos del comisionista, y aun del librero que nada hace por vender sino esperar sentado a los compradores? ¿Cómo y por qué causas, más o menos recónditas o patentes, suelen medrar cuantos manipulan con el libro, excepto su autor? Graves problemas se enuncian en estas preguntas, y noble empresa de gobierno sería la que atendiera a solucionarlos equitativamente.

Mas no es éste, no debe ser éste, el tema de mi discurso. Quede para otros lugares y para otros pensadores el averiguar, por ejemplo, por qué, habiendo unas mismas tarifas de franqueo postal para el interior de la Península y para toda América y el Archipiélago Filipino, en estas lejanas tierras se eleva hasta el triple y el cuádruple el precio de los libros españoles, por lo cual se dificulta y aun se imposibilita su venta, con manifiesto beneficio del libro barato impreso fuera de España, cuando tan sencillo sería evitar este mal, ocupando en ello, por medio de disposiciones gubernamentales bien meditadas, a nuestros activos agentes diplomáticos y consulares residentes en aquellos países.

Pero en la Academia Española no ha de tratarse de asuntos de esta naturaleza: aquí no cabe considerar el libro como mercancía, sino como noble producto del entendimiento y como inexhausto manantial de sabrosos bienes espirituales, y a esta consideración he de atenerme, por tanto, en mi casi improvisado discurso, más necesitado que cualquier otro de los míos de la indulgencia de su culto auditorio.

Propóngome desarrollar, tan sumariamente como lo requieren la brevedad de esta oración y la abundancia de los puntos de vista que he de ir tomando, enunciados muy diversos. Y como los libros han sido la afición principal de toda mi larga vida y acerca de ellos he discurrido muy prolijamente año tras año, bien podría de solo mi peculio, aunque a lo pobre, tratar de tales puntos de vista; pero presumo que ha de seros más agradable que conocer mis humildes ideas ver desfilar ante los ojos de vuestros entendimientos a muchos varones eminentes antiguos y modernos, manifestando lo que acerca de los libros pensaban, y así les haremos asistir, en cierto modo, como redivivos, a la flamante *Fiesta del Libro español*, ni más ni menos que colaborando con nosotros desde sus tumbas; que ésta es la excelencia más maravillosa de los libros: darnos como actual y del día de hoy aun lo pensado en remotísimos tiempos. Este traer a colación lo ajeno no ha de obstar para que yo vaya comentando ligeramente el dicho de cada uno de esos escritores; antes mis aportaciones serán a manera de argamasa que dé trabazón y unidad a tantas piedras extraídas de canteras muy diferentes.

QUÉ ES EL LIBRO.

Veamos, ante todo, qué es el libro; qué es un libro. Para el antiguo lexicógrafo don Sebastián de Covarrubias, “llamamos libro vulgarmente qualquier volumen de hojas o de papel o pergamino ligado en cuadernos y cubierto”. Pero éste no es claramente

el libro que deseamos ver definido. Ni aun este otro que define la edición décimaquinta de nuestro *Diccionario*, aunque en lo material y externo, a mi juicio, no deje que desear: "Reunión de muchas hojas de papel, vitela, etc..." Mas a los libros de que yo me propongo tratar mejor conviene, aun siendo formalmente algo defectuosa, la definición que nos dejó Alejo Venegas en su *Primera parte de las diferencias de libros que ay en el vniuerso*. Díjolo así: "Libro es vn arca de depósito en que, por noticia esencial, o por cosas, o por figuras, se depositan aquellas cosas que pertenecen a la informacion e claridad del entendimiento." Mirando más al contenido que al continente, el maestro Venegas nos ha dado una definición muy acomodada a cuanto de los libros hemos de decir.

HUBO QUIEN PROSCRIBIESE LOS LIBROS.

Siempre fué generalmente reconocida la conveniencia, más digo, la necesidad de escribir lo que confiado a la memoria de las gentes habría al cabo de olvidarse: "*Scribantur haec in generatione altera*", dijo David en el salmo 101; bien que al correr del tiempo no faltase quien, como el senado romano, proscribiera los libros, mandando quemar los de Cayo Severo, determinación fundada en que muchos se olvidan de las cosas asegurados de que las tienen escritas. Razón fué ésta desprovista de base sólida, porque, como dice Saavedra Fajardo, "la memoria es depósito de las experiencias; pero depósito frágil si no se vale de la pluma para perpetuarlas en el pa-

pel. Mucho llegará a saber —añade— quien escribiere lo que, enseñado de los aciertos y de los errores, notare por conveniente.”

¿SE DEBEN TENER MUCHOS LIBROS?

Sabido que la ciencia suele hinchar a los que no tienen más que ciencia, San Pablo puso límite a los curiosos del mundo para que no se dieran a saber más de lo que convenía, porque podrían desvanecerse en vanidad y desviarse del amor cristiano. Decía, pues, a los de Roma: “*Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.*” Y así también San Jerónimo en dos de sus epístolas, donde reprende la curiosidad de aquellos que leen libros inútiles y quieren saber lo que no les toca ni es para ellos. Notábalo el portugués fray Héctor Pinto en uno de sus *Diálogos de la imagen de la vida christiana*, y añadía: “Y lo mesmo haze San Agustin en el libro de las costumbres de la Iglesia y en el décimo de las *Confesiones.*”

Pero otra consideración, ajena a lo religioso, milita a favor de que no se tengan demasiados libros: la de que, siendo limitada, como lo es, la inteligencia del hombre, se embarazará con las muchas, muy diferentes y aun contradictorias lecturas, y no aprenderá sólidamente nada de cuanto lee. A la verdad, muy finos talentos hemos visto malograrse, o no llegar en su labor a los quilates que pudieran, por haber repartido y derramado su atención entre diversas disciplinas. Más de una vez tocó este punto en sus epístolas Lucio Anneo Séneca. En la segunda decía, tratando de

los viajes y de la lectura: “La multitud de libros disipa. Cuando no se pueden leer todos los que se tienen, basta tener todos los que pueden leerse. De estómago cansado es querer probar de muchos manjares, que, siendo varios y diversos, perjudican y no alimentan. Lee siempre autores afamados, y si te ocurre leer otros, vuelve a los primeros.” Y en la epístola XLV, al tratar de la inútil sutileza de los dialécticos, insiste en su opinión: “Te quejas —dice— de no tener bastantes libros. Más importa tenerlos buenos que tener muchos. El que quiera llegar al fin que se propone debe seguir un camino solo, y no emprender varios, porque esto antes sería extraviarse que adelantar.” En una sola frase tiene resumido este juicio Plinio el Joven: “*Multum legendum, sed non multa.*”

Viniendo a épocas menos remotas, hallaremos que prevalece la misma opinión antigua. “Tengo —dice el discretísimo Caballero del Verde Gabán en la segunda parte del *Quijote*— hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros...” Y Pérez de Montalbán asienta en su *Para todos*, aun siendo hijo de un librero: “El amontonar libros más es codicia de tenerlos que deseo de estudiarlos, porque no caben en la limitada capacidad de un hombre; y así, más le distraen que le aprovechan las diferencias de volúmenes.” Todos estos juicios concuerdan con aquel refrán que dice: “No está en ninguna parte quien está en todas partes”, porque en todas está como huésped volandero y en ninguna tiene domicilio.

Para muestras de cómo pensaban nuestros poetas

en este particular, y cómo lo practicaron, citaré sendos pasajes de tres de los más renombrados del siglo XVII. Lope de Vega, en el acto último de *La vengadora de las mujeres*:

“Más vale un libro solo, si ha cifrado
Lo más que muchos sabios han escrito.”

Góngora poseyó escasa librería; él lo indicaba en uno de sus sonetos:

“Con pocos libros libres (libres, digo,
De expurgaciones), paso y me paseo,
Ya que el tiempo me pasa como un higo.”

Y tampoco era muy copiosa la de Quevedo, a lo menos, la que tenía en la aldea de su señorío, según se colige de uno de sus sonetos, escrito en la Torre de Juan Abad:

“Retirado en la paz destes desiertos
Con pocos, pero doctos libros juntos,
Vivo en conversación con los difuntos
Y escucho con mis ojos a los muertos.”

Con todo, el hombre de ciencia, el humanista, el escritor, en general, debe tener muchos libros, y si tiene pocos, sólo por milagro hará labor excelente. Ya lo decía fray Héctor Pinto en su diálogo *De la discreta ignorancia*: “Assi como el platero sin diuersidad de instrumentos mal podrá labrar sus delicadas joyas, assi el letrado sin variedad de libros mal sabrá aprouecharse de los trabajos ajenos.” Y lo mismo vino a decir años después en *El Passagero* el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa: “Regla es certíssima bastar un libro a quien estudia y quiere

aprender, mas no mil a quien escriue y quiere enseñar. Débese por esso tener muchos, y leerse todos; que, al fin, todos enseñan.”

LOS HACINADORES DE LIBROS.

Pero, pocos o muchos que se tengan, los libros deben juntarse para ampliar la cultura de su dueño, y no para vana ostentación de la que acaso acaso no se tiene. Reza un refrán: “La mejor librería, la que de su dueño no está vacía”, y yo lo comenté ha pocos meses en mi colección paremiológica diciendo: “Porque aunque no sea muy rica, estará bien aprovechada. Oído a mi maestro el doctor García Blanco. Hay, ciertamente, muchas bibliotecas cuyos dueños están ausentes, aunque pasen en ellas muchas horas. Sabido es que libro cerrado no saca letrado.” No haga recordar, pues, el poseedor de copiosa biblioteca aquella cortesanía que se dijeron dos príncipes, el uno eclesiástico y el otro seglar. Cuéntala el franciscano Ezcaray en su libro sobre modas y vestidos indecorosos, intitulado *Vozes del dolor...* (1691), en estos términos: “Tenía éste muchos cavallos y el otro vna gran libreria; dixole el eclesiastico que para qué queria tantos cavallos, si estava baldado e impedido. Y le respondió: “Para lo que tú quieres los libros.” Sin duda —pudo comentar Ezcaray— el eclesiástico estaba también baldado, pero del entendimiento o de la voluntad.

Antigua e inútil fantasía es esta de los hacinadores de libros, que no habiéndolos de leer en su vida, son carceleros, y no estudiosos. Más parecen eunu-

cos poseedores ineficaces de serrallos que hombres de letras. Ya Séneca, en su tratado *De tranquillitate vitae*, denunciaba a los que se dedican a estancar y anochecer los libros haciéndolos inaccesibles para los que de su examen hubieran de sacar fruto. “Hallarás —decía— en poder de personas ignorantísimas todo lo que está escrito de oraciones y de historias, teniendo los estantes llenos de libros hasta los techos; porque ya aun en los baños se hacen librerías, como alhaja forzosa para las casas.” Estos tales poseedores de grandes bibliotecas, pues no pueden hacer gala de lo que saben, hácenla y se enorgullecen de la muchedumbre y rareza de los libros que han almacenado, y sueñan vanamente con que el solo poseer tales tesoros equivale a estar al cabo de su contenido: bibliómanos que, como escribía Francisco Petrarca, han de satisfacerse cuando oyen hablar de un buen libro, diciendo: “*Hic liber in armario meo est.*”

Mucho abundaron estos seudosabios en todo el siglo XVII, dando lugar a las satíricas saetadas de prosistas y poetas. Lope, bajo el nombre de Tomé de Burguillos, escribió un soneto con este epígrafe: “Que los libros sin dueño son tienda, y no estudio”, y lo terminó así:

“Por libros quiere Persio que le alabe:
¡Oh misera ambición de aplauso humano!
Que el libro es el que enseña, no el que sabe.”

Y Quevedo, en otro soneto, “Indignándose mucho de ver propagarse un linaje de estudiosos hipócritas y vanos e ignorantes compradores de libros”:



“No es erudito, que es sepulturero
Quien sólo entierra cuerpos noche y día;
Bien se puede llamar *libropesía*
Sed insaciable de pulmón librero.”

En realidad, ¡cuán pocos dueños de grandes bibliotecas habrán podido decir lo que a su amigo don Joaquín Rubio escribía el doctísimo bibliógrafo don Bartolomé José Gallardo desde Toledo, a 9 de noviembre de 1845! Decíale, con su gracejo y su ortografía peculiares: “Aqi en mi rincon me veo ahora entre tanto libro y papelote como gato enzerrado en pajarera.”

Allegue en buen hora el bibliófilo cuantos buenos libros pueda haber a las manos; pero, lejos de sepultarlos de por vida en el pozo airón, permita amablemente que los vea y consulte todo hombre laborioso que los haya menester, y tenga siempre en memoria que “*la libreria non fa l'uomo dotto*”, como dice el viejo refrán italiano. Y dichoso el poseedor de tanta riqueza si, aficionándose a trasladarla a su entendimiento, algún día, sin engaño —que nunca habría de serlo para las personas doctas con quienes conversara—, puede copiar en la guarda de sus volúmenes la sabia sentencia de aquel *ex libris* que usaba Maximiliano Collalto: “*Libri sine usu thesaurus inutilis et infrugifer.*”

DIME LO QUE LEES, Y TE DIRÉ QUIÉN ERES.

Hay un autor que, analizando veinte años ha las vidas de don Quijoté y Sancho Panza, pasó por alto el capítulo VI de la primera parte de la gran novela,

referente al escrutinio de la librería de aquél, porque “trata de libros y no de vida”. Y yo advertí: “Pues ¿por dónde se puede estudiar y conocer a un sujeto mejor que por los libros que tiene y en que apacentó y educó su espíritu? “Dime lo que lees, y te diré quién eres” ha de decirse, con más buen fundamento que “Dime con quién andas...”, porque, para lo del alma, los hombres suelen acompañarse de sus libros más que de sus amigos.” Y añadido ahora que bien lo enseñan otros antiguos refranes españoles: “Según lo que lees, así eres”; “Cual libro leemos, tal vida hacemos.” Hernando Alonso de Herrera, en su *Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secua-ces*, citaba este último refrán, añadiendo: “Y de las letras se nos forman las costumbres”.

LIBROS BUENOS Y LIBROS MALOS.

Del libro puede decirse con propiedad lo que de la mujer decía Lope de Vega en uno de sus sonetos:

“Que es la mujer, en fin, como sangría,
Que a veces da salud, y a veces mata”;

y, en frase del jurista valenciano Juan Martí, son los libros malos “como mujeres perdidas: pregonan hermosura fingida, estando de secreto llenas de enfermedades”. A esta clase pertenecen toda esa cáfila de novelas pornográficas con que escritores descocados y editores que tienen el alma en la bolsa depravan a la incauta juventud y la envenenan y aniquilan. De otra casta de libros malos son las obras cuya lectura tiende a extirpar todo sentimiento religioso y a sub-

vertir todo orden social. El novelucho pornográfico conduce a la muerte moral, y aun a la física, por el camino del prostíbulo, del *cabaret* y de los *paraísos artificiales*; los libros subversivos, al crimen y a la muerte trágica; ordinariamente a la que espera a su víctima en el cadalso. Recuérdese, verbigracia, cómo el anarquista Montejo, en noviembre de 1924, declaraba junto al patíbulo que las malas lecturas le habían arrastrado a aquel trance terrible.

Razón sobrada tuvo el docto escritor don Francisco Pérez Mateos, que suele usar el seudónimo galdosiano de *León Roch*, cuando dijo cinco años ha, en un popular semanario madrileño: “Se ha bastardeado y prostituído tanto la letra de molde, se ha hecho de ella en muchos casos tan vil género de comercio, que ya cada libro nuevo que aparece se nos antoja un peligroso arcano. Ante él meditamos, siempre recelosos: “¿Qué contendrá este libro extravagante, de cubierta llamativa y título rebuscado?” “¿Será un libro bueno, o perverso; sabio, o tonto; noble, o canalla?” El aforismo ya clásico “No hay libro malo que no contenga algo bueno” no es aplicable al orden moral. En este respecto, todo libro apartado de las leyes del buen gusto, que traspasa los linderos de lo picaresco para entrar en el campo de lo depravado, es un libro venenoso. ¡Cuántos irremediables daños puede ocasionar un libro malvado, prostituyendo las almas juveniles, sembrando desconfianzas y semillas de desorden, propagando el imperio de lo canallesco y de lo inmundo!” Para la difusión de libros tales como estos que *León Roch* describía con pluma tan noble y vigorosa es de suponer que

no se habrá ideado la celebración de *la Fiesta del Libro*. Porque si supongo mal, sería menester *desidearla* a toda prisa.

El temor, y más que el temor, la certeza de haber damnificado con la pluma a los niños, a los adolescentes, a las candorosas doncellas, a las almas sanas, en fin, debe de llenar de remordimientos la conciencia de muchos escritores. Paul Bourget decía en uno de sus libros: “¿Qué habrás recogido, qué habréis recogido en nuestras obras? No hay literato honrado, por insignificante que sea, que no deba temblar de responsabilidad al pensar en ello.” Y sabido es que Luis Tansilo escribió su hermoso poemita de *Le lagrime di San Pietro* por su arrepentimiento y en descargo de haber compuesto en su mocedad otro muy obscuro y escandaloso intitulado *Il Vendemmiatore*.

Quien quisiere hallar enseñanza o distracción en la lectura, o entrambas cosas, busque libros buenos, que no le será difícil hallarlos, porque, por fortuna, hay muchos; libros que no le causen daño en lo más exquisito que el hombre tiene: en el alma, destello del Padre Celestial. Es peregrina cosa que consultemos con el médico cuál haya de ser nuestra alimentación corporal y descuidemos enteramente la del espíritu, mucho más digna de esmerada diligencia. Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache*, aconsejaba que se buscasen los amigos “como se buscan los buenos libros; que no está la felicidad en que sean muchos ni muy curiosos; antes en que sean pocos, buenos y bien conocidos... No que sólo entregan, sino que juntamente aprovechen”. Que es

lo mismo que algunos años después decía el rondeño Espinel en su *Vida del escudero Marcos de Obregón*: “Los libros han de llevar doctrina y gusto, que enseñen y deleiten.” Lo cual había de repetir Moreto en la jornada primera de *La fingida Arcadia*, uno de cuyos personajes tiene por buenos los

“...libros que, mezclando
Lo útil y lo süave,
Con lo mismo que divierten
Enseñan y persüaden.”

Todo esto, en cuanto a la obra que buscamos para honesta distracción y agradable enseñanza; que, por lo que atañe a aquella en que estudiamos seriamente, “sólo es libro bueno —en frase del inolvidable polígrafo Menéndez y Pelayo— el que nos sugiere muchas ideas o despierta otras que yacían en el fondo de nuestra alma”.

De otros libros que no son buenos ni malos, por ejemplo, de incontables novelas que, como el corcho, no saben a nada; ¿qué he de decir? A este copioso linaje, así como al de las novelas verdes y hasta nauseabundas, escritas sin decoro, sin arte y sin gramática, pertenecen los centenares de libros que medio leídos suelen abandonar muchos viajeros al apearse de los trenes, con el acierto de que dieron mala muestra al comprarlos. Son tales obras como corbatas de papel, que apenas aguantan una postura. Quejábase un escritor mi conocido en una de sus novelas de quienes prestan las que compraron y causan con ello un perjuicio a sus autores, por la menor venta de ejemplares; y cierto amigo mío, pariente del Doctor

Thebussem y, como él, de ingenio chispeante, al referirse a tal queja en una de sus cartas, en que de ordinario hacía un sabroso picadillo de cosas literarias y forenses, me decía: “He visto cómo, por boca de uno de sus personajes menos bobos, se queja Fulano de que le merman su ganancia los que prestan sus obras. Si usted le ve, pregúntele de parte de un lector curioso qué piensa él que pueda hacerse decorosamente con una novela suya, después de léida, sino prestarla, que viene a ser lo mismo que regalarla.”

LIBROS PARA LOS JÓVENES

Y LIBROS PARA LOS VIEJOS.

Obvio es, por otra parte, que así como en cada edad se requieren apropiados y diferentes alimentos corporales, así los hombres maduros y los ancianos han menester diversa lectura que los jóvenes. De-léitense éstos preferentemente con las filigranas psicológicas de la poesía lírica y con la buena novela de honestos amores, en que acción y pasión bien combinadas emocionan y cautivan; mas prefiera el hombre entrado en años los libros de moralistas y filósofos, al par que los ascéticos. Séneca, Quevedo en sus obras serias, los dos Luises, son autores apropiadísimos para los viejos, que de todo en todo deben prescindir de cuanto les agradaba siendo muchachos, si no ha de amargarles el paladar del alma un desengaño parecido al que experimentó el emperador Carlos V poco antes de recluírse en el monasterio de Yuste: que como, estando inapetente, recordase con

fruición haber comido veinte años atrás unas riquísimas perdices que le mandaba el Conde de Osorno de un lugar suyo llamado Gama, hizo a su mayordomo Luis Quijada que las pidiese a toda diligencia; y traídas y probadas que fueron, escribió Quijada al secretario Juan Vázquez desde Jarandilla, a 9 de enero de 1556: “Las perdices de Gama llegaron hoy, y a muy buen tiempo, y su Majestad comió de una, y dice que no tienen el gusto que solían, ni son tales como las pasadas...” Las perdices eran, ciertamente, las mismas; no así el Emperador, ya muy otro que el de antaño.

LIBROS PARA LOS MÁS Y
LIBROS PARA LOS MEJORES.

Tampoco es para el lector lego el libro que se escribió para los doctos; y si cayere en sus manos, o lo entenderá torcidamente, o cuando se duela de que no lo entiende, no faltará quien le diga lo que del *Orlando* de Ariosto en italiano dice el Cura al Barbero en el escrutinio de la librería de Don Quijote: “Ni fuera bien que vos le entendiéradés.” Naturalmente, estos libros no son para los más, sino para los mejores: con tal persuasión se escriben; se venden despacio, pero se venden; cómpralos quien sabe entenderlos y gusta de recrearse con su doctrina; comprados, los manda empastar con esmero y los contempla con cariño colocados en sus estantes, cuando no los tiene sobre su mesa para irlos trasladando al entendimiento. ¡Nunca se vió, ni se verá, que un libro de éstos haya sido abandonado por su dueño en los

cochés del ferrocarril! De tal casta de obras era aquella a que se refería el eruditísimo Gonzalo Argote de Molina en carta que dirigió a Jerónimo de Zurita (Sevilla, 18 de mayo de 1575). Decíale: “Quedan en mi poder ocho libros por vender, que yo procuraré despachar de qualquier manera, y no pienso que será facil, porque este libro de vuestra merced no es para necios, y asi, se despacha de espacio.”

¿DEBEN PREFERIRSE A LOS MODERNOS
LOS LIBROS ANTIGUOS?

Si esto se preguntara a los libreros, responderían negativamente; pero entre los que viven con los libros y no de vender libros, quizás tuviera hoy más votos la respuesta afirmativa. *Hoy* digo, porque si me refiriese a nuestros abuelos hólgaría el *quizás*. Ellos prefirieron siempre los libros antiguos a los modernos, ahora antiguos para nosotros. “En los antiguos está la sabiduría”, dice el *Libro de Job*. “Libro en que mi padre leyó, en ése quiero leer yo”, proclama nuestro refrán castellano, dando crédito y pagando tributo a la mayor experiencia de los viejos. Y así nuestros escritores de antaño. El obispo Guevara recuerda en una de sus gustosas *Epístolas familiares* que “el buen rey Don Alonso que tomó a Nápoles decía que todo era burla, sino leña seca para quemar, caballo viejo para cabalgar, vino añejo para beber, amigos ancianos para conversar y libros viejos para leer”. También prefería estos libros Montaigne y paladinamente lo dijo en sus *Ensayos*: “Cuando un libro me aburre, cojo otro. Apenas leo los nuevos,

porque los antiguos me parecen más sólidos y substanciosos.” Pero, bien mirado, ¿es todo nuevo en los nuevos? ¿Tendremos por falsa, así, a carga cerrada, la sabidísima frase de Salomón “*Nihil novum sub sole*”?... Fray Martín de Castañega, en el prólogo de su *Tratado muy sutil y bien fundado de las supersticiones...*, sacado a luz en 1529, notaba: “Algun día, seyendo yo más moço y leyendo las artes, solia pensar que algo sacaua de mi ingenio que en ninguna otra parte lo auia visto ni oydo; mas despues (aunque no assi junto ni ordenado) todo lo hallaua en los que primero auian leydo y enseñado.” Y recuérdese que el papa Gelasio II (siglo XII) se lamentaba de ver que en su tiempo acudían a los libros modernos, dejando de examinar los antiguos, en los cuales se hallaban sólida y valientemente resueltas las controversias que se pensaba que los nuevos habían despertado.

Modernos y antiguos, paréceme que todos deben leerse, con tal que sean buenos; pero no se dude que los antiguos convencen con frecuencia de que no es todo nuevo lo que por nuevo suele proclamar y recibir el mundo. Cuando se publicó la famosa ley de Mellado, que supo a las gentes a cosa nunca antes discurrida, estaba yo harto de verla practicada durante el siglo XVI en el concejo de mi pueblo natal. Ni fué nuevo el recurso a que acudió Bravo Murillo, presidente del Consejo de Ministros, quien, sabedor de que doña Isabel II, con la inexperiencia propia de la juventud, se había resuelto a hacer cierto donativo exorbitante, hizo poner su importe en monedas de plata sobre una mesa de Palacio, para que la esplén-

dida señora se diese clara cuenta, como se la dió, de lo que había pensado regalar, y moderase su cuantía. Pero este mismo ardid refiere el doctor Espinosa, antiguo abogado vallisoletano, del rey Carlos VIII de Francia, cuyos oficiales, viendo que pecaba de pródigo, le aconsejaron “que todo el dinero viniese a su camara, porque viesse y sintiesse y entendiesse lo que daba, y mandolo, y hizose assi, y comenzó a detenerse, y luego proueyó que sacassen el dinero de su camara, porque tenello allí le hazía tocar en villania.”

Tampoco es sino muy de otro tiempo la idea, que tenemos por moderna, de poner lista en el portal de las casas de los enfermos de gravedad, porque ya, y con buenas adiciones por más cierto, se ocurrió en la primera mitad del siglo XVI al maestro Alejo Venegas, quien decía en su libro titulado *Agonía del tránsito de la muerte*: “Paresce que para remedio de las assobrunadas visitas de vnos y de las soledades yermas de otros se deuria vsar vn vso de poca costa y mucho prouecho, en que ganarian salud los enfermos y honra los medicos, aunque los boticarios tuviessen necessidad de aprender otros officios para ayuda de costa: haganse vnas tablillas embarnizadas en que se pueda escreuir, assi para pobres como para ricos, y firme el medico las de los ricos, en que mande que no le visiten los que no le han de visitar para más de hablar o cumplir con solo el officio de su presencia; y si alguno viniere o embiare su page, escriua su nombre en aquella tablilla, que estará en el primer poste de la casa. Al pie desta tablilla cada día se escriuirá el aumento o decremento o estado de



la enfermedad del paciente.” Y al llegar aquí, añadió Venegas lo que, por desgracia, no ha llegado a practicarse todavía: “Las tablillas de los pobres estarán colgadas encima de las puertas de la calle, o en el canton del adarue si no tuuiere salida la calle en que moran, escritas de letras grandes, porque se puedan leer, en que diga como en aquella casa ay vn enfermo pobre, de tal o tal enfermedad; que los que pudieren le visiten con sus limosnas... De manera que la tablilla del rico seruirá para desaguar el tropel de las muchas visitas, y la del pobre para acanalar al que va descuydado del mal ageno.”

Pero de cuantas *cosas nuevas* suele encontrar el lector en los libros viejos —y perdóneseme si alargo un tantico más la digresión—, nada tan curioso como ver empleados por los guerreros indios, en el tiempo de la conquista de América, el procedimiento bélico de los *gases asfixiantes*. Refiere Gonzalo Fernández de Oviedo en el tomo II de su *Historia general y natural de las Indias*, tratando de lo que sucedió a Diego de Ordaz y su gente con unos indios cerca del río Huyapari: “No se sintió desmayo ni flaqueça en hombre de todos aquellos indios; los quales traian un gentil ardid quando quisieron començar la batalla, y era aqueste. Delante de su escuadron traian dos mancebos con fuego unos tiestos a manera de caçuelas en la una mano, y en la otra, axí molido, y echabanlo en el fuego para que, como estaban a sobreviento, diesse el humo a los christianos en las narices, lo qual no les daba pequeño empacho, porque luego aquel sahumerio hace desatinar e causa que se den muchos estornudos.”

¿CÓMO SE DEBE LEER?

Para hallar en la lectura toda la enseñanza y todo el deleite que un libro puede dar de sí, se ha de leer despacio, saboreándose intelectualmente con cada bocado, como se saboreaban aquellos peregrinos alemanes, compañeros de Ricote, con quienes topó y comió Sancho Panza acabada de abandonar su ínsula. Ciertas aves, cuando beben, cada vez que meten el pico en el agua elevan la cabeza y miran hacia arriba, para que el agua pase por la garganta. Pues así, *mutatis mutandis*, se debe leer: a pequeños sorbos, a paraditas frecuentes, deteniéndose a meditar sobre lo leído, no sólo para asimilar bien lo que convenga de ello, sino asimismo para penetrar lo que el libro sugiere sin decirlo por manera expresa; porque todo libro tiene implícitamente y como entre renglones algo y aun mucho que no llegó a ser escrito, ni quizás pensado, por su autor, y así, el buen lector colabora con él, y a la luz del entendimiento va sacando lo escondido y tácito de su obra. Mal sabe leer el que no acierta a hallar en un libro sino lo que le dice la letra de molde. Espinel, en el prólogo de su *Marcos de Obregón*, indicábalo con estas palabras: “De no leer los autores muertos ni advertir en los vivos los secretos que llevan encerrados en lo que profesan nace no darles el aplauso que merecen; que no es sola la corteza lo que se ha de mirar, sino pasar con los ojos de la consideración más adentro.” Por desdicha, el leer de esta manera no es el común estilo de hoy, cuando casi nadie hace

nada, pero casi todos tienen mucha prisa, y son, por tanto, más de actualidad que lo fueron en el primer tercio del siglo XVII aquellas palabras de fray Joseph Gallo, en su *Historia y diálogos de Job*: “Hay algunos que han leydo muchos libros, y que apenas han comenzado por el prologo, quando ya le tienen por la tabla, y cada dia con libro nuevo, aún les falta qué hazer; y es que miran de por junto y leen a bulto, sin dar lugar al pensamiento que rumie y piense en cada razon de por sí. El buey come dentro de poco rato mucho; pero valo despues rumiando poco a poco; y assi, queria Dios más que le sacrificassen los animales rumiadores que no los que en tragando la yerua no saben qué es lo que comieron.” El maestro Menéndez y Pelayo, en la estatua que tiene en la Biblioteca Nacional —y éste fué un acierto más del ilustre escultor Coullaut Valera—, no está precisamente leyendo, sino meditando a libro abierto en lo que lee. Dícelo muy a la clara la posición en que tiene el libro.

A la mala y casi general costumbre de leer con precipitación debe atribuírse, siquiera por piedad cristiana, la ignorancia de que a veces dan muestra algunas personas que, aun por sus deberes profesionales, no habían de estar ayunas de ciertas especies, hasta rudimentarias, estrechamente relacionadas con ellos. Yo conocí y traté a un caballero que nunca se persuadió de que los relieves de un antiguo amuleto que uso por anillo representan los doce signos del zodiaco. Pues tanto me importaba su negación como su asenso, y es bobería dar lecciones a los que por maestros se disputan, jamás quise demostrarle que

tales signos, usadísimos por los astrólogos judicia-
rios para levantar figura, y que ya se columbraban
en la famosa representación zodiacal egipcia de Den-
dera, fueron y son cosa harto conocida por los hom-
bres cultos, y es, por tanto, poco airoso el ignorarla.
Poco airoso, y aun inverosímil; pues si, por ser anti-
guos y estar en latín, este tal sujeto no conocía libros
como el *Libellvs de anni ratione*, de Sacrobosco (Pa-
rís, 1538), y el tratado *De anulís antiquis*, del geno-
vés Liceti (Vtini, MDCXLV), y la *Dactylíotheca* de
Abraham Gorleo (MDCXCV), que le habrían hecho
ver claro su error, ¿cómo no le satisficieron, entre
otros que están en llano romance y son modernos, y
hasta vulgares dentro de lo profesional, la parte pri-
mera de la *Astronomía náutica* de don Agustín Cane-
llas (Barcelona, 1816), y el tomo primero de la de
Fernández Fontecha (Cádiz, 1875), en cuyas pági-
nas 141 y 90-91, respectivamente, se ve representado
el zodíaco con las mismas mismísimas figuras que en
el mencionado anillo? Esto, sin contar los dicciona-
rios enciclopédicos, como el de Berthelot, y los espe-
ciales de antigüedades, como el de Daremberg y
Saglio. Y es lo más peregrino del caso que aquel
buen señor, que siempre tuvo por “sencilla sentencia
árabe” —lengua que asimismo ignoraba— los signos
de mi amuleto, ¡había explicado geografía astronó-
mica en una escuela oficial! Pensando con benevo-
lencia, es de presumir que, habituado a leer aprisa,
cien veces pasarían por delante de sus ojos esos mal-
aventurados signos, y ni siquiera una paró la aten-
ción en ellos, aun siendo tan *llamativas* sus figuras.
Cámara fotográfica es el cerebro humano; tiene por

objetivo el aparato visual, y cuando se lee con rapidez, sin ir dando a lo que se lee el tiempo de exposición necesario, o las especies no quedan fijadas, o se fijan borrosamente —que es peor—, en la placa del entendimiento, mal que no puede remediar el revelador de la memoria, por falta de materia revelable.

APOLOGÍA DE LOS LIBROS.

Labor muy dilatada, y no discurso como el presente, requería el debido encarecimiento de las excelencias de esta inapreciable obra del hombre, a cuya formación concurren de consuno las tres potencias del alma con lo mejor que tienen, y de la cual puede con verdad decirse que apenas habrá habido algún escritor que no le dedique frases de fervorosa alabanza. Gómez Manrique exhortaba a su rey en estos términos:

“Mi consejo principal
Es, gran señor, que leáis,
Porque, sabiendo, sepáis
Discernir el bien del mal.
Que si la sabiduría
Es a todos conveniente,
Más a la gran señoría
De los que han de ser guía
Y gobernalle de gente.”

Del grande amor que Montaigne tuvo siempre a sus libros salen por abonadas fiadoras estas palabras de sus geniales *Ensayos*: “El trato con los libros —dice— costea todo el curso de mi vida y me asiste en todo momento; consuela mi vejez y mi soledad;

descárgame del peso de una ociosidad onerosa; me liberta siempre de las compañías que me fastidian y debilita las acometidas del dolor cuando no es extremado y no me domina enteramente. Para distraerme de una imaginación importuna no hallo cosa comparable a echar mano a los libros, que se apoderan de mí y me la arrebatan.”

Cervantes, en el *Persiles*, observaba con su peculiar agudeza de ingenio: “Las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada; y con esto, excede la lección a la vista.” Lope de Vega, a quien los libros deben mucho más que él les debió, con deberles tanto, hacía decir a uno de los personajes de su comedia *La Viuda valenciana*:

“Es cualquier libro discreto
(Que si cansa, de hablar deja)
Un amigo que aconseja
Y que reprende en secreto.”

Céspedes y Meneses, en *El soldado Píndaro*, no se queda corto en la alabanza. “Los libros —dice— muestran en poco tiempo lo que con gran trabajo enseña la experiencia en muchos años... Si el que los trata es justo, con ellos es más santo; si discreto, más sabio; si entendido, más cuerdo; y si bueno, mejor; porque su lección y discurso refresca la memoria, despierta el juicio, e inflama los deseos para seguir a la virtud y caminar adelante con ella.”

Y en cierta obra casi desconocida hoy, pero que debía andar en manos de todos —refiérome a la que se titula *El Desengañado* (1663)—, dice su autor don Francisco de Miranda y Paz: “No son los libros alhaja, sino compañía. Son amigos con quienes se debe comunicar; no trastos de despreciar. Tenerlos solamente, suele dar crédito; comunicados y léidos, gran beneficio y provecho.”

Es realmente el libro todo esto, y mucho más todavía: es comida que satisface y no harta, visita que no se enoja si la despedimos, vela siempre encendida, de cuya lumbre, sin menoscabarla, pueden tomar luz muchos entendimientos. El libro esperará sin impaciencia a que le interroguen, y tampoco la tendrá para que le dejen; él, siempre dócil a nuestro deseo, os aconsejará cuantas veces le preguntéis; él triunfará continuamente en la prodigiosa empresa de haceros actual lo más remoto, poniéndolo ante vuestros ojos como vivo y palpitante, pues ¿qué telegrafía sin hilos de más maravilla que comunicar, leyendo, no sólo con quienes están muy lejos de nosotros en cuanto al espacio, sino también con quienes están apartadísimos en cuanto al tiempo, porque pagaron hace diez, veinte o más siglos el inexcusable tributo de la muerte? Además, la buena lección, como la haga de copiosa mies, da grano para el pan de cada día y dálo también para sembrar entrado que sea el otoño. Debemos agradecer al libro como alimento actual lo que palmariamente nos dice; pero no menos le agradezcamos la almáciga de los pensamientos que nos sugirió y que sin su lectura no habrían nacido. “¡Oh libros! —exclamaba arrebatada-

damente Vicente Espinel:— ¡Oh libros, fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir y centinelas para bien morir! ¡Cuántos hombres de oscuro suelo habéis levantado a las cumbres más altas del mundo! Y ¡cuántos habéis subido a las sillas del cielo!”

Muchas veces discurrí que en todo lector de buenos libros puede columbrarse un Ezequiel a quien Dios ha dicho, como al profeta de este nombre: “*Comede volumen istud, et vadens loquere ad filios Israel.*” Y cuando este lector ha enriquecido su alma con la excelente doctrina, parece que al exponer y divulgar todo lo que aprendió y las muchas cosas que el estudio le ha sugerido, puede decir lo que dijo Ezequiel: “*Et comedi illud, et factum est in ore meo sicut mel dulce.*” Por la noble ansia de no dejar de gustar estas ricas mieles, a ningún otro manjar humano comparables, el insigne maestro Menéndez y Pelayo, que tanto había leído, exclamaba con profunda tristeza en los postreros instantes de su gloriosa vida: “¡Morirme, cuando tanto me quedaba que leer...!”

“UN LIBRO Y UN AMIGO...”

Los que sintiéndose asqueados de las mentiras y vanidades del mundo anhelaron habitar lejos de sus engañosos oropeles, suelen aludir a la humilde medida de sus nuevas ambiciones. Quién, como fray Luis de León, proclamaba, siguiendo los pasos del poeta de Venusa:

“A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta...”

Quién, como el antequerano Pedro Espinosa, en su retiro de anacoreta, reprobaba la lujosa ostentación del siglo, preguntando:

“¿Qué importa que sea parda la escarlata,
Pues no es de menos ánimo bizarro
Usar del barro cual si fuese plata
Que usar de plata cual si fuese barro?”

Y otros, en fin, para vivir apartados del bullicio del mundo, sólo pretendían reservarse dos preseas: un libro y un amigo. Así, por ejemplo, el autor de la insuperable *Epístola moral a Fabio*:

“Un ángulo me basta entre mis lares;
Un libro y un amigo; un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.”

Aspiración harto moderada, que, andando el tiempo, había de expresar Meléndez Valdés en uno de sus romances:

“Feliz el sabio humilde
Que en ocio vive, exento
De miedo y esperanzas,
Bastándose a sí mismo.
Un libro y un amigo
Pacífico y honesto
Le ocupan, le entretienen
Y colman sus deseos.”

Y aun muchos pensaron que, por circunstancias diversas, vale más el primero que el segundo. “Esta ventaja —dice Mateo Alemán— hacen por excelen-

cia los libros a los amigos: que los amigos no siempre se atreven a decir lo que sienten y saben..., y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio.” Pero como el número de los buenos libros es, sin duda alguna, mucho mayor que el de los buenos amigos, porque, según la sabiduría popular, “Amigo leal y franco es mirlo blanco” y “Amigos buenos, uno entre ciento, y si mejor lo he de decir, uno entre mil”, más habremos de confiar en la lealtad de un buen libro que en la del amigo mejor, que, al cabo, aun siéndolo hoy, podrá, como el mejor vino, repuntarse y torcerse mañana. Además, del buen libro podremos decir en el sentido literal y con toda certeza lo que sólo tropológicamente y con gran riesgo de equivocarnos solemos afirmar de tal o cual persona: “¡A ése le tengo yo en el bolsillo!”; porque en el bolsillo, cuando salimos a pasear, podemos llevar nada menos que a un Séneca, a un Plutarco, a un Cervantes, para deleitar nuestro espíritu con su comunicación.

PARA TERMINAR:

Como enamorado de los libros desde mi niñez, con amor entrañable que sólo podrá arrebatarme la muerte, hace ahora treinta años que fuí eco de tantas voces apologéticas, pues dije ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras que los libros “son los mejores amigos que puede tener hombre: silenciosos cuando no se les inquiere; elocuentes cuando se les pregunta; sabios, como que jamás sin fruto se les pide consejo; fieles, que nunca vendieron



un secreto de quien los trata; regocijados con el alegre; piadosos con el dolorido; y tan humildes, que nada piden ni ambicionan, y, por ocupar poco espacio, se dejan estar de canto y estrechos en los estantes. ¡Oh, qué preciadísimo don del cielo —añadí— es poder evocar como por conjuro mágico las venerandas sombras de los que fueron maestros del saber, y conversar con ellos siempre que nos place, y sentir con sus corazones, y discurrir con sus luminosos entendimientos, y aprender, en fin, de su madura y saludable experiencia!”

¡Bien hayan los libros, suaves y deliciosos cautivadores del alma!

POESÍA

DE

DON MANUEL DE SANDOVAL

ACADÉMICO DE NÚMERO

SEMPER ET UBIQUE

Trepida con el ritmo del mar y el viento
la nave en que trabaja la rotativa,
desde los pararrayos hasta el cimientó;
y la prensa, rasgando su entraña viva
que por un ser produce seres sin cuento,
estampa en tinta negra la negativa
en que invierte su imagen el pensamiento.

Y al par que, acompasada, late y se mueve
con febril e incesante vaivén la biela,
esposos y abundantes como la nieve
que surcos y hondonadas colma y nivela,
se acumulan los pliegos, cuya lectura
ennoblece y redime, salva o consuela
cada vez que en la mente —cámara obscura—
transforman en luz blanca luto y negrura,
lo mismo que la placa que se revela.

*
* *

¡Bendito el portentoso, fecundo invento
que celebró Quintana con voz sonora,
y que con vano empeño pretende ahora
evocar dignamente mi torpe acento!

¡Y que mil y mil veces bendito sea,
oh libro prodigioso, tu alumbramiento!
¡Bendito el que te imprima y el que te lea,

pues por ti el atrayente sol de la idea,
cual la luna el abismo del oceano,
conmueve el insondable cerebro humano
con el flujo y reflujo de la marea!

*
* *

¡Oh, dulce y fiel amigo que amo y venero...!
Cada vez que tus pliegos corta mi mano,
más fuerte, rico y noble me considero,
pues de todos los hombres me siento hermano,
de todos los tesoros soy heredero
y de todos los pueblos soy ciudadano.

Cuando, dando al olvido mi propia pena,
tus hojas —que son frutos— avaro exprimo,
y por ver con su zumo mi copa llena,
en mosto y hasta en sangre trueco el racimo,
consigo en el delirio que me enajena
vivir más donde amo que donde animo.

Y ufano y orgulloso la frente yergo
entre hombres de otros siglos o de otra raza:
si con Quevedo luzco capa y chambergo,
ostento con Ercilla casco y coraza.

Soy heleno, latino, sajón, eslavo,
ario, celta, semita, germano o godo;
con Terencio, liberto; con Plauto, esclavo;
con Diógenes, nada; con César, todo.

¡Y en comunión ferviente, que une y hermana
los pueblos enemigos, encuentro el modo
de fundir como Schiller una campana
que repico y volteo con Quasimodo!

¡De todas las regiones que cubre el cielo,
conozco las costumbres y hablo el idioma,

pues logro, cual Manzoni, con santo celo
—“Pentecostés” sagrada—, que tu Paloma
sobre Babel en ruinas cierna su vuelo.

Como por ti domino toda la tierra,
me hacen brahmán o almuédano Buda o Mahoma,
y aspiro a ser con Byron lord de Inglaterra,
después de ser con Silio cónsul en Roma.

Y si a mi patria vuelvo desde la extraña,
regidor con Arguijo soy en Sevilla,
con don Ángel Saavedra, grande de España,
y con Alfonso el Sabio, rey de Castilla.

*
**

Si del cómitre airado bajo el azòte,
con Alemán, del suelo no alzo la vista
porque me afrenta el gorro de galeote,
con Valdés uso toga, como jurista,
y con Solís, Rioja, Gallego o Lista,
me honro con la sotana del sacerdote.

Me da Santa Teresa su escapulario
para que la piadosa Virgen me asista
cuando llegue a la cumbre de mi Calvario,
y si vivo le adoro, muerto le vista;
Tirso sus rojas barras de mercenario,
Calderón su lagarto de santiaguista
y Lope su venera de hospitalario.

Ciño el cordón nudoso de la Observancia,
y con Fray Juan el Reino de Dios conquista
mi devoción austera, castiza y rancia;
y cuando, andando el tiempo, me enseña Francia
a aceptar el criterio del regalista
y a unir el ascetismo con la elegancia,
cruzo del Parque regio las amplias calles

con Bossuet, palaciego y apologista,
viendo cómo las damas doblan sus talles
para besar mi anillo, cuya amatista
quiebra en cada faceta y en cada arista
los rayos del augusto *Sol* de Versalles.

Pido a Hartzzenbusch su blusa de carpintero,
a Arjona su casaca de cortesano,
a Lobo su uniforme de coracero
y a Vega su levita de miliciano,
la cual, cuando a la escena sale el primero,
convierte en progresista y en veterano
a un soldado bisoño que es chiclanero,
autor al que un torero llama paisano
y al que el público aplaude como a un torero.

*
* *

Por ti, cuando me abrasa la sed de amores
y Diótima me ilustra con sus doctrinas,
del jardín de Academo corto las flores
sin herirme las manos con las espinas.

Y para hacer que el río de mi elocuencia
que se encrespa en espumas hierva en rumores,
o refleje del cielo la transparencia
remansando su linfa serena y pura,
me brindan con gallarda magnificencia,
el Tulio granadino, fuego y vehemencia,
y el Platón castellano, luz y dulzura.

Por ti de las escuelas soy ornamento,
manejo el silogismo cual la tizona,
sin pensar en si esgrimo o en si argumento;
y conquistando fama, prez y corona,
discuto como Vives en la Sorbona
y con Lainez y Cano defino en Trento.

Y si otra ciencia curso “no cumpliera”
impura, desgarrada, torpe y maldita,
no encuentro en las comarcas de España entera
quien conmigo se iguale, luce o compita,
porque gané la borla de la carrera,
y tengo un Arcipreste que me repita
en su clase privada de Talavera
lo que el otro Arcipreste me enseña en Hita.

Y al practicar el arte de las pasiones,
en que me envidian todos y a nadie envidio,
demuestro cuando rindo los corazones
lo bien que me aprovecho de las lecciones
que entre burlas y veras explica Ovidio.

Cortejo a las pastoras con Garcilaso,
requiebro a las vaqueras con Santillana;
y sí, en soberbia rico y en juicio escaso,
voy con el maldiciente Villamediana
pregonando que temple la Soberana
el fuego en que me gozo y en que me abraso,
de Faetón, que me inspira, sigo la suerte,
pues cuando hasta el Empíreo subo altanero,
el olímpico rayo me da la muerte;
y al sentir que, alevoso, parte el acero
mi corazón que ufano y altivo late,
más que de amor, de orgullo, mi ¡ay! lastimero
repercute en el hondo zaguán de Oñate,
y desata las lenguas del Mentidero.

*
* *

Por ti la esquiva gloria que esconde avara
los bloques en el fondo de la cantera.
para esculpir mi efigie convierte en cera
los mármoles de Paros y de Carrara;
y el sol de Salamina resplandeciente
que a los trágicos griegos iluminara,

y que por mí de nuevo muestra en Oriente
su luz inextinguible, triunfal y clara,
uniendo tres coronas, ciñe mi frente
con la triple realeza de una tiara.

*
* *

Mas ¡ ay! ¡ con qué profunda melancolía
recuerdo en el delirio de la victoria
que Campoamor el grande me enseñó un día
que el áureo y deslumbrante sol de la gloria
si de lejos abrasa de cerca enfría!

Y cuando el fin cercano de la jornada
me anuncia prolongando su sombra el monte,
por más que en mi agonía desesperada
me prestan cuando enrasa ya el horizonte
su apóstrofe Espronceda, Josué su espada,
al ver que no consigo que se remonte
tras una milagrosa nueva alborada,
lloro mientras ordeno la retirada
de mis diez mil soldados con Jenofonte,
¡ y en el alma, oprimida y atribulada,
como Alarcón las burlas cobardes siento
de la chusma envidiosa que despiadada
se venga en mi joroba de mi talento!

*
* *

Mas tú, libro, que eres salud y vida,
cual la lanza de Aquiles curas la herida,
porque cuando abrumado bajo mi carga
suda sangre cual Cristo bajo el madero,
y me hiere el infame golpe certero
que ni puede ni sabe parar mi adarga,
mi espíritu, que es ágil, libre y ligero,
la miel de la ironía liba en la amarga,
olorosa y silvestre flor del romero;
y siguiendo las huellas de un Caballero

que es prez, gloria y dechado de los Andantes,
soy soldado, cautivo y alcaballero
—y divino y humano— como Cervantes.

*
* *

Más que nunca en la fiesta de hoy se levanta
como roble sagrado y enseña santa
su libro que entre todos es el primero,
pues si el llanto de Andrómaca restaña Homero,
haciendo entre sus lágrimas brillar la risa
como el sol cuyo oblicuo rayo se irisa
en las últimas gotas del aguacero,
en él con el prestigio sublime y santo
del heroico martirio de Don Quijote,
el que fué en Argel mártir y héroe en Lepanto,
hace que de la risa fecundo brote,
cual Jordán que las almas redime, el llanto.

*
* *

¡Oh, España...! En ese libro que en paz enlaza
los vínculos que un día rompió la guerra
ven el verbo humanado de nuestra raza
los pueblos que —hoy tu carne, si ayer tu tierra—
tu pabellón sagrado quieren que ices
en el robusto tronco que sus raíces
en la Atlántida hundida clava y aferra;
¡y por la misteriosa virtud que encierra,
para que los atraigas y los congregues
y su espíritu informes y españolices,
ansiendo que de nuevo tu alma le entregues,
América, en tu lengua, *Madre* te nombra,
y con fervor te pide que no le niegues
la gloria de agruparse bajo sus pliegues
ni el bien de cobijarse bajo su sombra!



POESÍA

DE

DON SERAFÍN Y DON JOAQUÍN ALVAREZ

QUINTERO

ACADÉMICOS DE NÚMERO

ROMANCE DEL LIBRO BELLO

Flor de cien hojas iguales,
relicario evocador,
mariposa multiforme,
amigo del corazón:
¡bien hayas, libro, que tienes
el aroma de la flor,
de la mariposa el vuelo,
del relicario el valor,
y del amigo la fuente
del afecto sin traición,
que nos da su compañía
en las horas de amargor!

Flor de cien hojas iguales,
ni el aire te deshojó,
ni tu perfume perdiste
del tiempo al paso veloz:
ahí estás, quieto y callado,
del estante en un rincón,
hasta que a ti llega un día
curioso rebuscador,
que rompe tu cautiverio,
te saca de tu inacción,
y abriendo el haz de tus hojas
llena el aire de tu olor.

En ti duerme la fragancia
que un espíritu dejó,
y que eternamente vive
de tus hojas al amor ;
en ti duerme, y tú la exhalas,
solaz y delectación
prestando a quien ambicioso
tu tesoro removi6.
Flor de cien hojas iguales,
eres fruta en noble arc6n,
esencia en pomo preciado,
y en 6ureo vidrio licor.

Mariposa multiforme
a la que el iris pint6
de tan diversos matices
como tiene la creaci6n:
en la lumbre de una frente
que brotaras hizo Dios,
y unas manos son tus flores
y unos ojos son tu sol.
¡ Vuela, vuela, mariposa,
que tu genio es volador,
y ojos y manos te aguardan,
con deleitosa ilusi6n!
No haya campo que no cruces
con tu vuelo sembrador,
ni morada en que no brille
tu incesante tornasol.
Vuela y llega aun donde nadie
de tu vida se cuid6,
y turba y mueve las almas,
de tus alas al temblor,
Mariposa multiforme,
eres alegre visi6n,

peregrina mensajera,
palpitante resplandor;
ascua encendida en la noche,
lucero que brilla al sol,
llama del hogar inquieta,
que alumbra y que da calor.

Relicario venerable
que un abuelo nos legó,
con las prendas más queridas
de su pura devoción;
caja rica y perfumada
donde el cariño guardó
reliquias que sólo aprecia
el amante guardador.
¡Oh, libro bello, que fuiste
testigo de una pasión,
y en tus márgenes escrito
hay un nombre que son dos!
¡Oh, libro, que mereciste
en tu pasaje mejor
ser sepulcro de una rosa
que a unos labios envidió!
¡Oh, tú también, que conservas
entre renglón y renglón,
la nota trémula y breve
de la mano del lector:
comentario admirativo,
insinuante observación,
protesta, elogio o recuerdo
de un alma que en ti vibró!
¡Evocador relicario,
eres urna de emoción,
guardajoyas del espíritu,
del pasado portavoz!

Amigo de los amigos,
amigo del corazón,
quien de amigo te dió nombre,
¡cuán propio nombre te dió!
¿Quién no te llama o te añora
en los días de dolor,
cuando el alma entristecida
anhela consolación?
¿Quién no busca en tu silencio
el silencio de otra voz
que mitigue los fragores
de la batalla interior?
En ti encuentran los ausentes
muda comunicación,
leyendo a un tiempo tus hojas
con idéntico fervor,
ella cierta y él seguro
de que la distancia huyó,
porque tu imán invisible
los junta en una emoción.
En ti los enfermos hallan
alivio consolador,
medicina que la ciencia
a sus heridas no halló:
olvido de que padecen,
sabrosa recreación,
en que las horas eternas
aminoran su rigor.
¡Infeliz de quien del tedio
no halle en ti la salvación
y del que, viejo, no sepa
de tu trato acogedor!
Amigo de los amigos,
huésped de predilección,
eres amigo y maestro,
confidente y confesor;

compañero en las vigalias,
en la pereza, aguijón,
en la soledad, recreo,
y en los caminos, mentor.

¡Flor de cien hojas iguales,
relicario, evocador,
mariposa multiforme,
amigo del corazón!



